

Biblioteca-Films

EL CABALLERO VALIENTE

Núm. 61

**25
cénts.**



Dorothy
MACKAILL
Richard BARTHELMESS

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

El Caballero Valiente

Novela de honda emoción según el drama histórico
de *Beulah Marie Dix*

Exclusiva: **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66-Barcelona

PERSONAJES

INTÉPRETES

Rosina Musgrove . . .	Dorothy Mackaill
Karl Van Kerstenbrooch.	Richard Barthelmess
Carlota.	Allyn King

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

se halla sentado y en actitud poco respetuosa, por cierto.

—Pon otra cara, hijo mío.

—Pongo la que tengo y mal pudiera poner otra.

—La moza que te he escogido por esposa es bella y su dote magnífica.

—Sí, sí, ya lo sé; pero el caso es que yo no me quiero casar.

—No comprendo tu repugnancia al estado matrimonial, cuando, si bien lo piensas, es el estado más perfecto y el más feliz.

—¿Feliz?

—Sí; considera, hijo mío, que te hablo por propia experiencia.

—Ja, ja, ja... No me hagáis reir, padre. Los casados que animan a los solteros para que entren en su gremio, se parecen a los que, metidos en un baño, mientras tiritan de frío, invitan a los demás a bañarse, asegurándoles que el agua está deliciosa.

—Lo que cuesta es el primer chapuzón.

—No, lo que cuesta es soportar las consecuencias del matrimonio después de la luna de miel.

—No discutamos más. Tú te casarás con Rosina Musgrove porque yo lo ordeno y... asunto concluído.

—Con ese argumento sí que tendrás razón.

—La tengo y debes obedecerme.

Y mientras padre e hijo terminan esta discusión con la imposición del primero, atravesia la plaza de Oxford una litera en la que llega Rosina Musgrove, acompañada de su rodrigona, una vieja espigada y fea. Rosina, criada y educada en el campo, viste con gran sencillez y cubre su cabeza con la toca de las

I. — MISIÓN PELIGROSA

I

Estamos en Inglaterra, en el año 1640, cuando el pueblo inglés, a cuyo frente se había puesto Oliverio Cromwell contra los realistas, prometió defender su Parlamento y sus libertades de la intrusa tiranía de Carlos I.

Despreciando el sentir del pueblo, la Corte, brillante y fastuosa, se había congregado en la antigua ciudad de Oxford.

Entre los magnates más adictos al monarca inglés, cuéntase el poderoso conde de Staversham, en cuyo palacio de Oxford se ha albergado la Corte.

El conde de Staversham es viudo y tiene dos hijos: el vizconde de Carisford, de veinticinco años, en cuyo espíritu pueril germinan todas las malas pasiones, y Carlota, de veintidós años, tan hermosa como discreta y prudente. Esta está casada con el capitán Arturo Musgrove.

El conde de Staversham desea poner a su hijo a salvo de los vaivenes de la fortuna, casándole con la riquísima huérfana Rosina Musgrove, hermana del capitán Arturo por parte de padre solamente.

En el momento que empieza esta historia, hallámonos en el sumptuoso palacio del conde de Staversham. Este, de pie, amonesta paternalmente a su hijo el vizconde Carisford, quien

campesinas inglesas en el siglo diez y siete.

Rosina Musgrove viene a Oxford, llamada por el conde Staversham, su tutor, nombrado por el rey, con el fin de casarla con su hijo, el vizconde de Carisford.

Al atravesar la plaza la litera, corre hacia ella Arturo Musgrove y, por la ventanilla, abraza efusivamente a su hermanastra, a quien hace descender de la silla de manos y la acompaña al palacio del conde de Staversham.

Este recibe a la rica aldeana con muestras de gran afecto y con manifestaciones de tanto cariño, que Carlota, la hija del conde, no mira con buenos ojos la tutela que su padre ejerce sobre una rústica aldeana.

II

La noche es obscura y la tempestad se cierne sobre Oxford. En una de las callejas tortuosas y solitarias de la ciudad, dos caballeros cruzan sus espadas con rabia y desesperación. El ruido de los aceros al chocar, es apagado por la voz ronca del trueno. Por fin uno de ellos, el de más edad, cayó atravesado por la espada de su contrincante. Cuando el vencedor vió expirante a su enemigo, descalzóse el guante de su mano izquierda y lo arrojó sobre el cuerpo exánime del vencido. En aquel momento, en el fondo de la calleja, aparecieron unas lucecitas: eran los soldados de la ronda que, llevando en sus manos un farolillo encendido, recorrían las calles en cumplimiento de su misión.

Al ver las luces, el dulista vencedor se escurrió desapareciendo en la obscuridad.

A aquella misma hora—era la de las doce—calmada ya la tempestad, el vizconde de Carisford, acompañado de sus amigos y allegados—entre los que se contaban Lord Erisey, sobrino del conde de Staversham y el capitán Arturo Musgrove—recorrió las calles en desenfrenada algazara, procurando olvidar las futuras responsabilidades de su próxima vida matrimonial. El vizconde, olvidando su rango y burlándose de la ronda, empuña un laúd, que toca con bastante perfección, y entona canciones muy poco en consonancia con la moral.

Sus compañeros adúlanle con sus risas desenfrenadas, y celebran sus soeces cantares.

Cansados de tanto vocear, los aristócratas rondadores entran en un viejo mesón conocido por «Posada del Cisne», con el fin de continuar la francachela frente a una botella de borgoña.

En la gran sala del mesón, apartado de otros grupos que en diferentes mesas jugaban a los dados o bebían, un joven caballero terminaba de cenar; por su manera de vestir parecía extranjero.

El vizconde de Carisford sentóse a una de las mesas en compañía de sus atláteros y batíó palmas, gritando:

—¡Mesonero, borgoña!

Y entonó una canción báquica en la que ridiculizaba al enemigo de los realistas Oliverio Cromwell.

Empezaron las libaciones y continuaron los cantos mezclados con palabras de doble sentido. De pronto hizo irrupción en la sala Sir Lory Trevor, un cortesano, un Cid hablando; pero un galgo corredor a la hora de desenvainar las espadas.

Venía descolorido y llevaba un gran guante en su mano. Al entrar, con el aliento entrecortado por la emoción y con sus ojitos salttones desencajados, dijo, dirigiéndose al grupo de aristócratas:

—Caballeros, ¡qué desgracia!

—¿Qué hay?... ¿qué hay?...

—¡Oh!—prosiguió Trevor con su vocecita de tiple ligera—, acabo de hallar el cadáver de Sir Basilio Dormer.

—¿Dónde?... ¿Dónde?

—En la calleja de las Venganzas. La ronda lo ha descubierto y yo he cogido este guante sobre su cuerpo.

—Ese es un guante de su matador.

—A ver... ¡Oh!... Mirad lo que dice aquí. Tiene un nombre bordado: ¡Van Kerstenbrook!

—Sí, sí, Van Kerstenbroock!

—Van Kerstenbroock es el primer espadachín de Europa—observó Lord Erissey—. Mal hizo Basilio Dormer en provocar a un semejante hombre.

—¡Ojalá se me ponga en mi camino ese伯
gante, para tener el placer de atravesarle de
una estocada!—dijo con fanfarronería de co-
barde Lord Trevor.

Al oír esta bravata el caballero que separado de los demás terminaba de cenar, volvió la cabeza y miró fijamente al que tal había pronunciado, al mismo tiempo que dejaba sobre la mesa una corona para pagar su cena.

Mientras el extranjero—que tal parecía, como antes hemos dicho—, observaba al grupo de aristócratas, el posadero, con disimulo, cambió la moneda que aquél había depositado encima de la mesa y fuése hacia el mostrador.

Luego volvió de nuevo hacia el cliente y le dijo:

—Señor, la cena vale media corona.

—Cobraos y dadme el cambio—dijo señala-
ndo la moneda depositada encima de la mesa.

—¿El cambio?... Me dais media corona.



—/Callad! (pág. 12)

—Estás equivocado, posadero... Me debes media corona. Yo aquí he puesto una pieza de una corona.

—Media, señor.

—Una, una, estás equivocado.

La discusión de cliente y posadero llamó la atención de los asistentes. El capitán Arturo Musgrave se acercó a aquéllos y al ver la insistencia del caballero extranjero, quiso reirse

de él y, en tono de mofa, repitió imitando su voz :

—¡ Estás equivocado, posadero, estás equivocado ! ¡ Una !... ¡ Una !

—¿ Os estás burlando de mí, caballero ?— preguntó el extranjero con tono muy amargo.

—¡ Sí !—contestó Arturo Musgrove acompañando la afirmación con una carcajada sarcástica.

Un terrible bofetón fué la respuesta del joven.

—¡ Moriréis por esta ofensa !—rugió el capitán Musgrove.

—Estoy en esta posada a vuestra disposición... Preguntaréis por Karl Van Kerstenbroock.

Al oír este nombre Lory Trevor cambió el color de su rostro y púsose a temblar como la cola de una vaca.

Todos los aristócratas se miraron espantados ; mas Arturo replicó :

—¡ Castigadle por embusteros !... ¡ Usurpa el nombre de un famoso duelistas para atemorizarme !

Por toda contestación, el joven extranjero descolgó su guante del cinto y lo arrojó a la cara del capitán. Aquel guante era la pareja del que había traído Lory Trevor.

—¡ Nos veremos !—amenazó Arturo Musgrove.

—¡ Cuando queráis !—replicó Van Kertensbroock.

Fuérонse, éste a la habitación que ocupaba en la misma posada ; el vizconde de Carisford, Lord Erisey, Arturo Musgrove y Lory Trevor, a la calle.

Karl Van Kerstenbroock era un caballero de

Flandes que había llegado a Oxford con una misión de muerte y de venganza. Atravesando tierra y mar había seguido por toda Europa a Sir Basilio Dormer, el seductor de su hermana, para hacerle pagar con la vida su villanía.

III

Al día siguiente, después del toque de queda, Rosina se entera por su cuñada Carlota del duelo concertado entre su hermanastro Arturo y el asesino de Sir Basilio Dormer... ¡ Y Dormer era el mejor esgrimista de Inglaterra !

—Yo iré a ver a ese hombre terrible y le diré que no puede matar a mi hermano.

—¿ Estás loca, Rosina ?—le replicó Carlota.— ¿ Vas a visitar a media noche a un aventurero ?... Anda, anda a acostarte.

Y la acompañó hasta su cuarto. Pero, un momento después, Rosina salió de su habitación y se dirigió a la de su novio el vizconde de Carisford, con el fin de pedirle ayuda para que impidiera el duelo.

Entretanto, en una habitación del palacio, discuten acaloradamente cuatro personajes : el vizconde, el capitán Arturo Musgrove, Lord Erisey y el cortesano Lory Trevor.

—Francamente—argüía Lord Erisey—, ese Kerstenbroock es un aventurero y las leyes de caballería prohíben el batirse con alguien que no sea caballero.

—¡ Bien hablado !—aprobaba el cobarde Lory Trevor.

—¡ Apruebo tu idea, primo !—asintió el vizconde de Carisford.

—¿ Qué debo hacer, pues ?—inquirió el capitán Musgrove.

A lo que Lord Erisey contestó:

—Es necesario que vayamos a ver al capitán preboste, para decirle que encarcele al asesino de Sir Basilio Dormer.

—¡ Bien pensado !—aprobaron todos.

—Y para ello—prosiguió Erisey—diremos al capitán preboste que nosotros citaremos a Kerstenbroock para que el duelo tenga efecto en Walset Field y cuando el espadachín llegue allí, lo aprisione.

—¡ Muy bien !—volvió a aprobar Lory Trevor.

—Vos, Lory Trevor, os encargaréis de ir a la posada para anunciar a Kerstenbroock que el capitán Arturo Musgrave le espera para batirse en Walset Field al rayar el día.

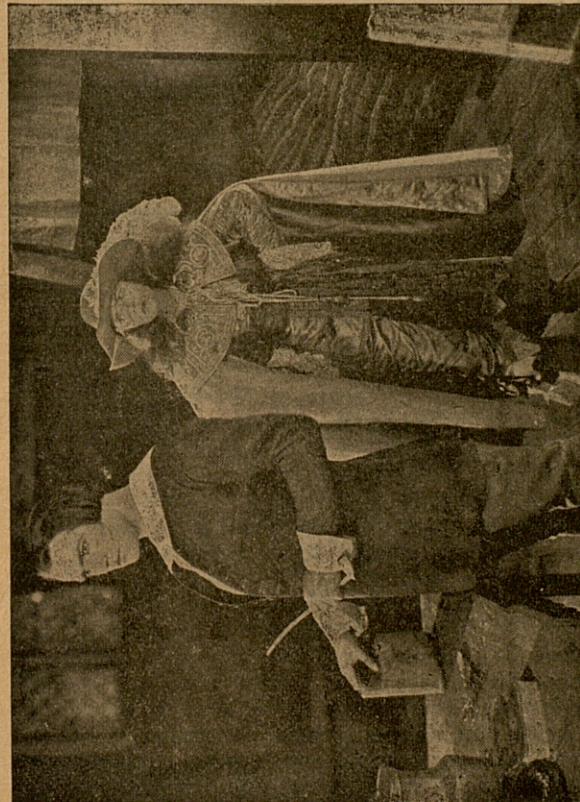
—No—replicó Lory Trevor—, eso ya no me parece bien.

—Pues tenéis que ir inmediatamente si no queréis merecer el dictado de cobarde.

—¿ Yo cobarde ?... ¡ Iré, iré !

Para salvar a su hermano, Rosina se decide a pedir ayuda a su prometido el vizconde de Carisford y, para ello se ha dirigido a su cuarto. Pero el hijo del conde de Staversham, como de costumbre, duerme a pierna suelta, enervado por los vapores del vino, pues, como cada noche, ha sacrificado abundantemente en los altares de Baco. Al verlo tan profundamente dormido, Rosina se despojó de su vestido y se vistió el de su novio, calzó sus grandes botas, cubrióse con su chambergo y salió, dirigiéndose a la Posada del Cisne.

Mientras tanto, en el mesón donde se alber-



—Pues os denunciaré como asesino de Sir Basilio Dormer!

ga, Kerstenbroock, muy tranquilo, espera la visita de los amigos de Arturo Musgrove.

Llaman a la puerta y entra un joven caballero muy agitado:

—¿Sois el caballero Kerstenbroock, es decir, el hombre que mató a Sir Basilio Dormer?

—El mismo.

—Yo soy hermano de Arturo Musgrove, sí, su hermano... Roque... Y vengo a pediros gracia para él.

—De modo que el valiente Musgrove manda a su hermanito con tales recaditos cuando tiene que batirse?

—Debéis considerar, señor, que él no está en las mismas condiciones que vos. Tiene esposa, tiene hijos...

—¡Tiene miedo!... Pues vaya y diga a su hermano de mi parte que si no se efectúa el duelo, divulgaré que es miedoso y un cobarde y un mal caballero... El duelo se verificará.

—¡Pues os denunciaré como asesino de Sir Basilio Dormer!

—¡Callad!... Antes denunciad a Sir Basilio Dormer como seductor de mi hermana.

—¡Oh!

—Para vengar esta afrenta he recorrido tierra y mar hasta que he hallado al hombre que mancilló el honor de mi familia y sobre él he hecho caer el peso de mi brazo.

Mientras Rosina, bajo el disfraz de caballero, habla con Kerstenbroock, penetra en la habitación el cortesano Lory Trevor, haciendo mil reverencias y arrumacos que desmostraban el gran miedo de su espíritu:

—Señor... Caballero... Tengo el encargo de conduciros a Walset Field al rayar el día, donde debe tener lugar el duelo con el capitán

Musgrove. Al rayar el alba me encontraréis en el puentecillo que hay fuera de las murallas.

Y sin decir más, haciendo profundas reverencias, Lory Trevor salió de la habitación.

—¡Señor—suplica Rosina—, tened piedad de mi hermano!

Kertensbroock llamó al posadero y le dijo:

—Cuando yo me marche, guarda aquí a este joven hasta mi regreso... Tú me respondes de él.

Luego que Kerstenbroock hubo salido, Rosina suplicó al posadero:

—Soy una mujer... Soy la hermana del capitán Musgrove que sabrá recompensaros espléndidamente si me dejáis en libertad.

—¡Marchaos, marchaos!—le invitó el posadero abriendole la puerta.

IV

Amanece. Van Kerstenbroock, desconocedor del terreno que pisa, espera impaciente a su guía, que debe conducirle a Walset Field. Ya empezaba a desesperarse cuando vió llegar, a todo correr, a un joven caballero.

—El es—se dijo, y fué a su encuentro.

Cuando estuvo cerca de él, vió que era el que horas antes había dejado encerrado en su propia habitación.

—¿Usted aquí?—preguntó Kerstenbroock.

—Mi hermano me ha librado del encierro a que me habíais condenado para que os venga a acompañar a Walset Field.

—Ya os sigo.

Rosina le acompañó en sentido diastralmente opuesto. Cuando llegaron a las márgenes del río, la joven le dijo:

—Hay que vadear el río, señor.

—Vadeémoslo—contestó él, metiéndose dentro del agua.

Rosina le imitó, siguiéndole; pero cuando estuvo en medio del cauce, con agua hasta la cintura, cayó y estuvo a punto de ahogarse.



—Disculpad mi osadía...

Van Kerstenbroock acudió con presteza y la sacó en brazos, riñéndola con acritud al mismo tiempo que la depositaba sobre la yerba:

—Caballero, sois muy poco hábil. Yo os ayudaré a despojaros de vuestros vestidos.

Kerstenbroock le sacó las botas y ¿cuál no sería su sorpresa al ver que dentro de ellas había un lindísimo zapatito de seda, de mu-

jer? Kerstenbroock tomólo en su mano y preguntó extrañado:

—¿Qué es esto?

—Señor...

—¿Queréis explicarme este descubrimiento?... Temo que no seáis el hermano de Musgrove.

—¡Soy su hermana!

Kerstenbroock se echó a reir.

—¡Y yo que os quería desnudar!... Pero con eso yo he quedado como cobarde y me vuelvo a Walset Field.

—Disculpad mi osadía... Si tuvieseis una hermana la comprenderíais.

—Tuve una hermana; pero más me valdría no haberla tenido... ¡Adiós!

Y, diciendo esto, fuése desandando el camino hasta llegar al lugar indicado para celebrarse el duelo; en vez de hallar a su adversario que él esperaba, halló a dos soldados que el capitán preboste había apostado para detener al caballero flamenco.

Al verlo, los soldados desenvainaron sus espadas y quisieron prenderle; pero él desnudó la suya y en un abrir y cerrar de ojos, dejó al uno tendido en el suelo y al otro desarmado, que se arrodilló a sus pies pidiéndole clemencia.

—Ahora me dirás quien te ha mandado detenerme, o mides la altura del barranco.

Y el soldado contó una historia de cobardía y de traición, un infame complot fraguado contra su honor y su vida.

—Ven conmigo. Voy a escribir una carta, que pegarás a la puerta de la casa de Musgrove, para que todos se enteren de su villanía.

Kerstenbroock escribió en un papel, lo siguiente:

Hoy, al amanecer, Arturo Musgrove, un capitán cobarde, ha faltado al duelo que tenía concertado conmigo, enviando en su lugar a dos soldados del capitán preboste con la orden de detenerme. Este proceder indigno de un caballero y de un hombre de honor, me obliga a desafiar de nuevo al capitán Musgrove y a sus amigos, tan villanos como él, que han secundado su plan. Para castigar su infamia está pronta la punta de mi espada.

Karl Van Kerstenbroock.

Cuando Kerstenbroock hubo despedido al soldado con este mensaje, vió que Rosina, vestida aun con el traje de caballero, le había seguido.

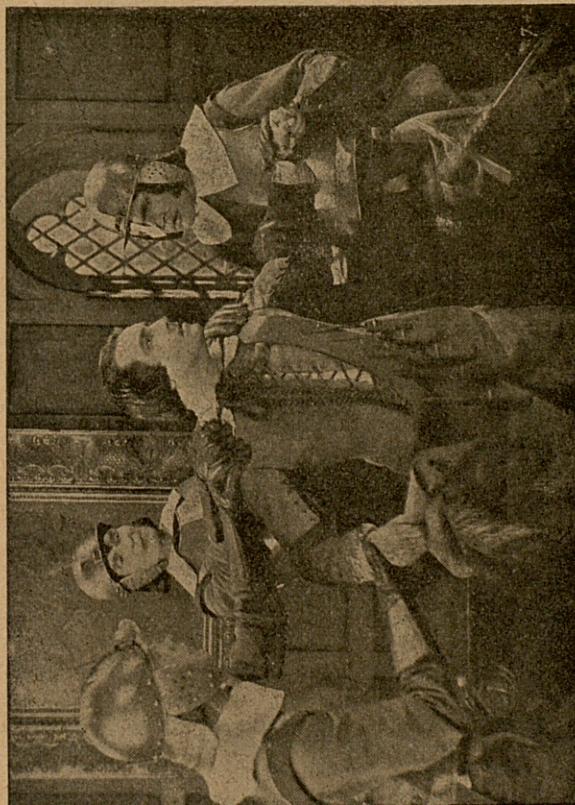
—¿Otra vez?—preguntó el flamenco.

—Señor, no vayáis por ese camino porque la guardia del preboste os quiere apresar. Atrávesemos ese bosque.

V

Oliverio Cromwell, que más tarde debía ser dictador de Inglaterra, se encontraba con su ejército en las cercanías de Oxford, aguardando el momento oportuno para dar la batalla a los realistas.

Sorteando la guardia del preboste, Rosina y Karl, perdidos en el bosque cercano a la ciudad, llegan, sin sospecharlo, a la casa donde se alberga Cromwell. Mientras el caudillo y sus secuaces entonan cánticos religiosos y oyen éstos la lectura de la Biblia que les hace aquél,



Entraron en la casa...

el caballero flamenco y Rosina observan por una de las ventanas. Y en aquel momento son sorprendidos por la ronda de Oliverio.

—¿Qué hacéis aquí?—les preguntó uno de los soldados—. Debéis ser espías realistas... Venid ante nuestro jefe.

Entraron en la casa y uno de los soldados, dirigiéndose a Oliverio, le dijo:

—Señor, son espías realistas... Los he sorprendido mirando por la ventana.

—Karl Van Kerstenbroock, para serviros, señor—se presentó el flamenco.

—¿Servís al rey?—preguntó Oliverio.

—Soy extranjero, señor, y capitán; pero pongo mi espada al servicio de Dios y del Parlamento. Una sola condición pongo a mi servicio: que enviéis a este joven a Oxford, con un salvoconducto.

El soldado que los había apresado se apresuró a decir:

—¡Es un extranjero, señor!... Seguramente será un hombre que tendrá muchas culpas sobre su conciencia.

—El Estado—replicó el caudillo—no pide la perfección humana, sino la lealtad... Capitán Kerstenbroock, sois uno de los nuestros. A este joven se le acompañará hasta las puertas de Oxford.

Y así, Rosina Musgrove pudo volver con los suyos.

Arturo Musgrove, cuando se enteró de cuanto había hecho su hermana, la riñó amargamente:

—¡Imbécil!... ¡Me has puesto en ridículo!... ¡Me has hecho pasar por un cobarde!... ¿Has visto el letrero que ha aparecido en mi puerta?

—Todo lo he hecho por evitarte un terrible percance.

—Ahora es fácil creer que tu inocencia haya peligrado...

—De modo que no puedes admitir que una joven pueda ser honesta y que un hombre se porte como un caballero?

—Volvamos al castillo de Staversham, donde el conde te espera impaciente.

En el castillo, el conde de Staversham habla con su hijo:

—Padre, he sabido que Rosina ha pasado la noche fuera de casa... Yo no me casaré con una mujer que ha pasado la noche en brazos de otro hombre.

—¡Bah!... ¡Escrípulos necios!... Piensa solamente en el talego de oro que llevará a tu boda... ¡Ah, si yo tuviera algunos años, menos!... Tu primo, Lord Erisey, se casaría gustoso con Rosina y hace días que noto va tras ella. Así que date maña y no dejes perder la ocasión.

—Pues que se case con ella; se la cedo gustoso.

.....

Después de algunas semanas, un fondo de nobleza y de bondad que Cromwell descubre en el alma del caballero Van Kerstenbroock, conquista el corazón del caudillo. Por eso le llama un día a su presencia y le dice:

—Capitán, el castillo de Staversham es la nota negra de nuestra campaña. Quiero que ese castillo sea tomado cuanto antes, y para ello necesitamos que haya dentro gente fiel a nuestra causa. Van Kerstenbroock, os quiero encargar a vos de esta misión delicada y comprometida.

—¿No podriais encargar esta gestión preparatoria a persona más apta y experta que yo?

—No; es una misión peligrosísima, y por eso os la confío. ¡Ruego a Dios que volváis de ella!

Al día siguiente, confundidos entre un grupo numeroso de soldados de Oliverio Cromwell, disfrazados de labriegos, llegan Kerstenbroock y algunos otros oficiales del ejército de Oliverio, pidiendo al conde de Staversham ser alistados como tropas mercenarias a su servicio y defensa del castillo. El conde los admitió con tanta más alegría, cuanto mayor era su temor de que el enemigo de los realistas, Oliverio Cromwell, diese un asalto al castillo para el que se preparaba, según sus noticias, en un bosque no lejano de Oxford.

Transcurren los días, y los planes de Kerstenbroock van desarrollándose fácilmente con ayuda de sus compañeros. Rosina vive en el castillo, lo propio que su hermano Arturo; pero el caballero flamenco procura evitar la presencia de ambos y pasa los días confundido entre los soldados. Y mientras Kerstenbroock y los suyos fraguan, en la sombra, su plan de conquista del castillo, Lord Erisey, sobrino del conde de Staversham, madura también un plan sangriento contra su primo el vizconde de Carisford, con el fin de hacerlo desaparecer y de este modo suprimir el obstáculo que le impedía casarse con Rosina.

En ocasión en que el vizconde de Carisford y Lord Erisey se hallaban en la torre del castillo, éste, en un momento de distracción de su primo, que se hallaba contemplando la campiña desde las almenas de la torre, dióle un empujón y le hizo caer desde una altura con-

siderable, dejándole cadáver. Van Kerstenbroock hallábase cerca del lugar donde fué hallado el cadáver y fué acusado por Lord Erisey de haber dado muerte al hijo del conde de Staversham.

Maniatado y llevado a presencia del conde fué reconocido.

—¡Van Kerstenbroock! —exclamó el capitán Arturo Musgrave. — Sois un espía de Cromwell!

II. — AMOR TRIUNFANTE

I

Después del entierro de Carisford, todos los habitantes del castillo, en particular Lord Erisey y Arturo Musgrave, volvieron a ocuparse del espía que—según ellos—había asesinado al hijo del conde y que se hallaba preso en los calabozos.

Corrió la voz en el castillo de que el presunto asesino no era otro que Van Kerstenbroock, y Rosina quiso verle; pero su hermano se opuso.

Los soldados del conde condujeron al joven holandés al gran salón del castillo convertido en sala del juicio.

El conde de Staversham estaba sentado ante una mesa situada bajo el dosel del trono. Al aparecer el preso maniatado y conducido por varios soldados, Lord Erisey le acusó:

—Señor conde, este hombre es un espía del miserable Cromwell y el asesino de vuestro hijo.

—¡Mentís!—clamó el acusado con los ojos encendidos como ascuas.

El conde impúsole silencio:

—Guardad vuestra lengua ante el Tribunal. Se os perdonará la vida si dais los nombres de los cómplices que tenéis en este castillo.

—Yo no debo decir más que una cosa: ¡soy inocente!

Rosina supo que estaban juzgando al hombre que tan bien se había portado con ella y quiso defenderle; fué hacia el salón, pero cuando iba a penetrar en él, dos centinelas le cerraron el paso con sus alabardas, diciéndole:

—No se puede pasar, Milady... Están juzgando a un espía de Cromwell.

Rosina oyó estas palabras del conde:

—Lord Erisey, sois responsable de Kers-tenbroock, hasta mañana de madrugada que será ahorcado.

Salió el conde y dejó al reo entre las manos de Lord Erisey, Arturo Musgrave y del ridículo cortesano Lory Trevor. Los tres se aprovechan de la indefensión en que se halla el caballero holandés para insultarle.

—Señor espadachín—decía Arturo Musgrave—, es mi propósito obligaros a dar los nombres de vuestros cómplices.

—¡Miserable!—insultaba Lory Trevor—. ¿Ya no te acuerdas de tu víctima Basilio Dormer?

—¡Cobardes!—rugía el preso—. ¡Maltratáis a un hombre indefenso y en un duelo os negáis a dar la cara!

—Estos hierros que esposan tus muñecas están demasiado flojos... Habrá que meterle unas cuñas—amenazaba Lord Erisey—. Soldados, traed unas cuñas de madera para pro-

bar el valor de este matón..: Apuesto ciento contra uno a que ruge como un condenado en cuanto las cuñas entren en la carne.

Acercáronle a la mesa, sobre la que le hicieron apoyar los brazos, los soldados le sujetaron y a martillazos le hicieron entrar las cuñas en-



—Guardad vuestra lengua ante el tribunal.

tre la carne y las esposas, produciéndole un dolor terrible, que soportó con valor heroico. Sus muñecas sangraban y quedó lívido y con el rostro desencajado.

—Ahora—ordenó Lord Erisey—, encerradle en el calabozo cercano a la torre.

Obedecieron los soldados.

Karl Van Kerstenbroock cayó desmayado en su encierro, bañado en su propia sangre.

Cuando las tinieblas hubieron extendido su negro manto sobre el castillo, los caballeros, esbirros del holandés, estaban reunidos complotando contra la vida del prisionero.

—Tengo un plan, caballeros—dijo el pér-fido Lord Erisey—, para llevar al tormento a ese canalla.

—¿De qué se trata?—inquirió el capitán Arturo Musgrove.

—Ya os escuchamos—dijo Lary Trevor.

Lord Erisey prosiguió:

—Hacia media noche cerraremos todas las puertas menos la que conduce a la escalera. Haremos abrir la del encierro y cuando Kerstenbroock la vea abierta se querrá escapar; pero como no tendrá otra salida que por la escalera, bajará... Nosotros tres nos colocaremos al pie de la escalera...

—Pero no lo desatéis—observó el miedoso Lary Trevor.

—Nada de eso. Cuando el bandido quiera escapar, será cazado como una rata, y entonces le veremos caer de rodillas a nuestros pies, pidiendo gracia.

—¡Magnífica idea!

—Vos, Lory Trevor, le esperaréis espada en mano aquí, al pie de la escalera. Nosotros estaremos escondidos tras la última columna.

.....
El castillo dormía en la quietud de la noche. El reloj de la torre dió las doce campanadas. La hermosa Rosina se revolvía en su lecho sin poder conciliar el sueño. Su habitación estaba situada cerca de la escalera en el primer piso. La joven tenía su pensamiento fijo en el apuesto doncel a cuyo martirio había asistido desde la escalinata que conducía a la

sala donde Kerstenbroock había sido juzgado y tan injustamente condenado. Ella había oído la sentencia pronunciada por el conde de Staversham, y aquellas fatídicas palabras resonaban aún en sus oídos como un eco de muerte. Ella amaba a aquel joven valiente y hubiese dado gustosa su sangre por salvar su vida. Estos pensamientos y la figura esbelta del joven holandés los tenía grabados en su corazón.

Se levantó del lecho, calzó unas chinelas, echó sobre sus hombros una capa y salió de su habitación dejando la puerta entreabierta.

Subía hacia la torre cuando oyó los pasos de alguien que bajaba y se escondió tras una de las columnas que soportaban las arcadas de la escalera, hasta que apercibió que una persona se perdía en la sombra. ¡Oh! ¡Si hubiese ella adivinado que quien bajaba la escalera era el propio Kerstenbroock, a quien ella quería salvar!... Pero no le vió.

Kerstenbroock, al ver la puerta de su encierro abierta se levantó a duras penas y se deslizó por la escalera. El tampoco apercibió a la hermosa Rosina que se hallaba acurrucada tras de una columna. Al pie de la escalera que bajó sigilosamente, vió sentado y dormido a Lory Trevor y comprendió que se le preparaba una celada, pues oyó cuchichear a varias personas. Volvió a subir sin meter ruido y cuando estuvo en el primer piso oyó pasos de alguien que bajaba. Titubeó un momento y, al apartarse, notó que una puerta estaba abierta y por ella entró. Sin él darse cuenta hallóse en una habitación donde ardía un velón. Bajo un pabellón un lecho presentaba señales de haber sido ocupado, recientemente; pero en él no había nadie. Un minuto después, Rosina Mus-

grove volvía a su cuarto, y en el momento de correr las cortinas del pabellón de su lecho... ¡ Oh !... Vió con sorpresa al mismísimo Kerstenbroock con las muñecas esposadas y las manos ensangrentadas.

— ¡ ¿ Vos ? !

— Sí, yo. ¡ Sálveme, por piedad, Rosina !

— ¡ Para salvaros había salido !... ¡ Dios ha guiado vuestros pasos !... ¡ Nada temáis !

— ¡ Gracias !

En aquel momento ambos oyeron pasos precipitados en la parte de la escalera, y Rosina fué a cerrar la puerta con llave.

Los tres caballeros que esperaban cazar como un ratón al joven holandés, al notar su tardanza, fueron a su encierro y al no hallarlo lo anduvieron buscando. Y ese era el ruido de pasos que Kerstenbroock y Rosina oían en la escalera.

Lord Erisey decía a sus compinches :

— Es imposible que haya huído, pues todas las puertas están cerradas.

— Hay que abrir todas las puertas que dan a la escalera.

— Empecemos por ésta que es la del dormitorio de mi hermana — dijo Arturo Musgrove.

— Está cerrada — manifestó Lory Trevor forzando.

— La dueña de Rosina tiene otra llave; la iremos a despertar.

Kerstenbroock y Rosina oyeron como forcejaban la puerta y la joven levantando el colchón ordenó al fugitivo.

— ¡ Meteos aquí !...

— ¡ Pero... !

— ¡ Daos prisa y no os mováis !

Obedeció Kerstenbroock; Rosina echó so-

bre él el colchón y luego ella apagó el velón, se metió en la cama y se tapó. En aquel instante la puerta del dormitorio se abrió y precedidos de la rodrígona, que llevaba un candil, aparecieron los tres caballeros que buscaban al fugitivo. Registraron la habitación y ob-



— ¡ Oh !... ¡ Un hombre !

servaron dentro de los cortinajes del pabellón que cubría el lecho y hasta debajo de éste. Rosina aparecía dormir con toda tranquilidad.

Cuando los tres caballeros hubieron salido, Rosina levantó el colchón y preguntó al holandés :

— ¡ Pasó el peligro !... Pero ¡ cuánto habréis sufrido !

—No, no; estoy perfectamente.

La rodrigona volvió a entrar en el cuarto, y Rosina volvió a dejar caer el colchón; mas la vieja se acercó a la joven y le preguntó:

—Pero ¿con quién hablabas?

—¡Por Dios, Juana!... ¡Si me amas no me comprometas!... ¡Levanta el colchón!

Hízolo la dueña y dió un grito:

—¡Oh!... ¡Un hombre!

—¡Si me amas, salvale!... ¡Es inocente!

—Nada temas... Pero... ¿en tu propia cama?

—Salid, Karl. Ante todo, Juana, vete a buscar una lima, que le libraremos de las ligaduras.

Salió la dueña.

Kerstenbroock, al verse a solas con Rosina, no pudo menos de manifestarle su agradecimiento.

—Rosina, desde hoy os debo la vida y os juro que la mía os pertenece.

—Ante todo, Karl, procuremos salvar esa vida vuestra que es tanto o más preciosa que la mía.

—¿Cómo os pagaré lo que hacéis por mí?

—Pensando en una mujer que os ha dedicado más de un pensamiento...

—Os he dicho que os pertenezco por entero.

—¡Quién sabe si algún día seréis el paladín que obtendrá mi libertad como yo trabajo por la vuestra!

—Vos sois libre, Rosina.

—Lo sería si pudiese unirme con quien amo.

—¿Quién os lo impide?

—El destino en forma de conde de Staversham.

—¿Qué pretende el conde?

—Me hizo venir aquí para unirme con su

hijo; muerto éste quiere el conde casarse conmigo.

—¿Y vos?

—Lo aborrezco... Yo amo a otro hombre.

—¿Os corresponde con su amor aquel a quien amáis?

—Lo ignoro.

—¿Le habéis manifestado vuestro amor?

—Se lo he manifestado salvándole la vida.

—¿Como a mí?

—Sí, Karl, como a ti.

—¡Rosina!

—¡Amor mío!

La dueña entró de puntillas y fué testigo del primer beso de los dos enamorados.

Momentos después Karl VanKerstenbroock, libre de sus ligaduras, saltaba por la ventana en busca de su libertad y de la de su amada.

II

Lord Erisey pretendía casarse con Rosina; pero bien pronto comprendió que se encontraba ante un obstáculo más temible que el que había suprimido. El conde de Staversham, que no estaba dispuesto a consentir que las riquezas de Rosina pasaran a otras manos que no fueran las de su familia, dispuso casarse con ella aquella misma noche, a pesar de la desesperada resistencia de la joven, que no amaba más que al *caballero valiente*, a quien esperaba con ansia y no quería que nadie más que él la llevara al altar.

Antes de fugarse Kerstenbroock del castillo, Lord Erisey se presentó al caudillo Cromwell ofreciéndole la entrega del castillo con la única condición de lograr a Rosina Musgrave como

esposa. Y Cromwell había aceptado la proposición, quedando que dentro de cuatro días Erisey facilitaría la entrada en el castillo a las tropas del caudillo.

Cuando, después de recobrar la libertad, Kerstenbroock se presentó a Oliverio Cromwell, pidiéndole unos hombres para penetrar en el castillo de Staversha, el caudillo le contestó:

—Capitán, has llegado tarde... Dentro de cuatro días el castillo caerá en mi poder sin derramar una gota de sangre... La única cosa que debo hacer es casar a Lord Erisey con Rosina Musgrove.

Entonces *el caballero valiente* contó al caudillo su odisea y la promesa de casamiento dada a Rosina. Y Oliverio contestó:

—Conquista el castillo y tuya será la joven, pues ella te quiere.

III

Celebrábanse en el castillo de Staversham los espousales del conde de dicho título con Rosina Musgrove, no obstante la oposición de ésta. Y, según costumbre de la época, antes de celebrarse el enlace, y para festejar los próximos espousales, se sirvió a los invitados un gran banquete en las inmensas salas del castillo. Eran éstas tan grandes, que los caballos y las carrozas podían maniobrar dentro de ellas sin molestar a la concurrencia.

Cuando mayor era la orgía en el palacio de Staversham, *el caballero valiente*, a quien todos creían muerto en los fosos del castillo, se presentó en la sala montado en brioso corcel. Los soldados que le seguían sembraron el te-

rror entre aquellas gentes frívolas, mientras Kerstenbroock, atravesando con su espada el corazón de Lord Erisey, se hacía dueño de la situación.

Rosina Musgrove se vió libre, al fin, de la pesadilla de su matrimonio y en brazos del hombre que tanto amaba se dispuso a olvidar en una era de felicidad, los sobresaltos y angustias pretéritas.

FIN

Señorita, Joven

¿Quieren Ustedes pasar un rato divertido?

No dejen de leer el primer número de

Celebridades de Varietés

dedicado al original excéntrico

RAMPER

Postal: de este artista : Precio popular: 30 cts.

Próximo número, día 12 de mayo:

La mujer Inmortal

historia oriental de celos e intrigas
amorosas

La más reciente creación
de la celebradísima artista

Betty Compson

Postal: *George Walsh.*



Principales corresponsales a quienes pueden
dirigirse los coleccionistas para completar co-
lecciones:

Madrid: D. Manuel Castro; Mazarredo, 4

Valencia: D. Vicente Pastor; Nave, 15

Zaragoza: La Protectora; Méndez Núñez, 36

Agente para Cataluña: D. Manuel G. Alba,
Córcega, 238-Barcelona

Barcelona: Centro de Repartos, Calle Bar-
bará, 9

Se solicitan corresponsales: Dirigirse a la
Administración de "Biblioteca Films"
Calabria, 96 - Despacho n.º 4 - Barcelona

Biblioteca Films

es la deliciosa
publicación
preferida por
las bellas y los
inteligentes

—
LOS MEJORES
ARTISTAS
LOS MEJORES
FILMS
LA MEJOR
LITERATURA

—
Coleccione usted
Films de amor
—
de
BIBLIOTECA FILMS



Solicitamos corresponsales
Dirigirse a
Biblioteca Films
Calabria, 96 - BARCELONA